

## CAPITULO XIII.

FISONOMÍA SOCIAL DE AMBOS PUEBLOS EN ESTE PERÍODO.

(SIGLO IX.)

I. Extension material de los tres estados cristianos á la muerte de Alfonso III.—Observacion importante sobre las turbulencias que señalaron estos reinados; en Asturias, en Cataluña, y en los imperios árabe y franco-germano.—Extrañas relaciones entre unos y otros pueblos.—Examinase el móvil y principio que las dictaba.—Espíritu religioso del pueblo.—Conducta de los monarcas. Su política.—Respeto de los árabes á Alfonso el Magno.—Nobleza de los árabes: perfidia y doblez de la raza berberisca.—Estado de las letras en esta época.—II. Qué leyes regian en cada uno de los estados.—Asturias: legislacion goda.—Condado de Barcelona: leyes góticas: leyes francas.—Navarra: fuero de Sobrarbe.—Qué era.—Diversos juicios sobre este código.—Opinion del autor.—Otras observaciones sobre el gobierno de los estados cristianos.—III. De la lengua que en este tiempo se hablaria en España.—Principio de la formacion de un nuevo idioma.—Qué elementos entraron en él.—Origen del castellano.—Idem del lemosin.

I. Cerca de otro siglo ha trascurrido desde Alfonso II. el Casto hasta Alfonso III. el Magno, desde Abderrahman II. hasta la proclamacion de Abderrahman III.: y en este período la situacion material y moral de ambos pueblos ha sufrido modificaciones

sensibles, La España cristiana ha crecido, el imperio musulman ha menguado: los confines de la una han avanzado, los límites del otro han retrocedido. Un hijo del rey de Asturias se atreve ya á establecer su córte en Leon; ya no se necesitan riscos que constituyan un valladar al pequeño reino de Asturias; basta ya el Duero, que corre por pais llano, para servir de frontera al que ha sido reino de Asturias y comienza á serlo de Leon. Aquel otro pais del Pirineo, la Vasconia Navarra, que tanto ha pugnado por recobrar su apetecida libertad, ha logrado sacudir la triple dependencia que alternativamente pesaba sobre ella ó la amenazaba, la de los francos, la de los árabes y la de los asturianos. Roncesvalles la ha libertado de la primera; Pamplona de la segunda; un matrimonio, una muger, Jimena, ha recabado de un rey de Asturias una especie de *fiat* á la independencia en que de hecho se habian constituido ya los navarros; y ya la Navarra es otro reino cristiano aparte, con monarcas y leyes propias. Aquella Marca Hispana que al Oriente de la Península fundaron los emperadores francos, ha redimido el feudo de la Francia y se ha erigido tambien en estado español independiente. El condado de Barcelona se ha hecho otro reino cristiano; que si sus condes siguen usando este modesto título, el nombre será signo de su modestia, no de que falten al estado las condiciones de monarquía, al modo que se cuentan por emperadores y califas de Córdoba los que has-

ta ahora han conservado el sencillo título de emires.

Vió, pues, el siglo IX. constituido dentro de los naturales lindes de la Península tres estados cristianos, independientes entre sí, que han ido arrancando al imperio musulman los territorios comprendidos, de una parte desde el mar Cantábrico hasta el Duero, de otra desde el Pirineo hasta el Ebro. Y á estas adquisiciones de las armas cristianas se agregan las usurpaciones que la rebelion ha hecho al imperio musulmico, dominando un rebelde mahometano desde el Ebro hasta el Tajo, desde mas allá de Zaragoza hasta mas acá de Toledo. Gran desmembracion, que no han bastado á impedir ni la actividad, ni la política, ni los talentos militares de los emires.

Han imperado en este período en Asturias Ramiro, Ordoño y Alfonso el Magno; en Córdoba Abderrahman II., Mohammed, Almondhir y Abdallah; en Navarra los dos Garcías y Sancho; en Barcelona, despues de los siete condes francos, los españoles Wifredo y Borrell; en Francia Luis el Pio, y sus hijos Carlos, Lotario y Pepino.

No hemos visto que ningun historiador haya reparado en la semejanza y analogía de los elementos y contrariedades con que tuvo que luchar cada uno de los soberanos ó gefes de estos estados, ó de tan diferentes procedencias, ó de tan distintas religiones; y sin embargo, creemos que esta observacion nos revelará en gran parte la índole, la tendencia, el ge-

nio, los rasgos comunes de la fisonomía de cada pueblo en estos siglos: sediciones y revueltas en los países por cada uno dominados: rebeliones de súbditos, conspiraciones de magnates, conjuras y tramas de príncipes, de hermanos, de hijos de cada soberano reinante: ¡qué asimilacion de circunstancias!

Ramiro no ha empuñado el cetro, cuando se ve suplantado por el conde Nepociano, y tiene que castigar despues las conspiraciones de Aldroito y de Pinio. Ordoño, antes que contra los enemigos de la fé, tiene que ensayar sus armas contra sus propios súbditos de la Vasconia alavesa rebeldes á su autoridad. El reinado de Alfonso III. se inaugura con la rebelion de un conde como el de Ramiro, y antes que contra los sarracenos tiene que marchar contra los alaveses como Ordoño. Multiplícanse y se suceden en tiempo de aquel gran monarca las conjuraciones. Ya son los magnates Hanno y Hermenegildo, ya son los hermanos del príncipe, ya son sus propios hijos y esposa, que le ponen en el caso de desprenderse de un cetro que con tanta gloria y por tantos años habia manejado.

¿Qué acontecia en el imperio musulman? Abderrahman II., como Alhakem su padre, y como Hixem su abuelo, tiene que pelear contra sus propios parientes que le disputan el trono antes que con los cristianos sus naturales enemigos. Los Suleiman y los Abdallah, los Mohammed y los Aben-Mafot, son para los emires de Córdoba lo que los Nepocianos, los Al-

droitos, los Piniolos, para los monarcas de Asturias. Los walfes del Ebro y del Pirineo se rebelan contra Abderrahman y Mohammed, como los condes de Galicia y de Alava contra Ramiro y Alfonso. En el reinado de Abdallah se suceden una tras otra las conjuraciones como en el de Alfonso el Magno. Los Hafsún, los Muza, los Lupos, los Suar y Aben Suquela son para el emir Abdallah lo que los Fruelas, los Hannos, los Hermenegildos y los Witizas para el rey Alfonso. Si contra Alfonso se alzaron sus hermanos y sus hijos en Oviedo y Zamora, contra Abdallah se rebelaron dos hermanos y un hijo en Sevilla: Mohammed, Alkasim y Alasbag nos recuerdan á García, Fruela y Ordoño.

¿Reinaba mas armonía entre los cristianos de la Marca Hispana? Bera, primer conde godo-franco de Barcelona, es acusado de traidor por otro godo, y condenado á muerte. Bernhard, despues de haber sido combatido por un conde del palacio imperial, muere asesinado por el mismo Carlos el Calvo, su emperador, y probablemente su padre. Aledran es hecho prisionero por Guillermo, y Guillermo á su vez muere á manos de los parciales de Aledran. Supónese al conde Salomon autor del asesinato de Wifredo el de Arria, y Salomon á su turno perece á manos de los catalanes, que proclaman á Wifredo el Velloso.

¿Había mas concordia entre los sucesores de Carlo-Magno y Luis el Pío, entre estos príncipes, entre quienes se distribuyó el imperio del nuevo César de

Occidente? Por favorecer Luis á su hijo menor Carlos el Calvo desmembra la herencia de Lotario: los obispos no escrupulizan de alentar la sedicion de el hijo contra el padre, y Pepino y Luis sus hermanos se ligan con el hermano mayor contra el padre de los tres, como Fruela y Ordoño se ligaron en Asturias con su hermano mayor García contra su padre comun Alfonso el Magno. Los leudes destronan á Luis en el *Campo del Perjurio*, como los nobles habian destronado en Oviedo á Alfonso el Casto, y condenado Luis en un concilio á penitencia canónica por el resto de sus días, viste públicamente el cilicio y el saco gris de la penitencia en la Abadía de Saint-Medard, como Alfonso el Casto en el monasterio Abelianense, aunque luego recobra el trono como Alfonso II. ¿Hay necesidad de recordar el destronamiento de Carlos el Calvo por su hermano Luis el Germánico, y las perpétuas guerras domésticas en que anduvo siempre envuelto el débil nieto de Carlo-Magno?

A vista de este cuadro, de esta fisonomía que presentan el imperio franco-germano, la España Oriental y Septentrional, los reinos y estados cristianos, el imperio árabe-hispano de Mediodía y Occidente, ¿no podremos designar este espíritu de sedicion, de discordia y de rebeldía, como uno de los caracteres del génio de la época, y en este germen de insubordinacion y de ruda independenciamos entrever ya en lotanza el gran fraccionamiento y descom-

posición á que ha de venir la España cristiana, y mas todavía la España sarracena?

Este mismo espíritu producía las transacciones mas estrañas y las alianzas mas injustificables entre gentes de distintas y aun opuestas creencias y principios. ¿Era ya la fé, era el principio religioso el solo que motivaba los pactos ó las rupturas entre los dos pueblos contendientes, y el que aflojaba ó estrechaba los vínculos sociales? ¿O prevalecían ya el interés y la política sobre el principio religioso? Es lo cierto que hemos visto pelear no solo ya cristianos con musulmanes, sino cristianos con cristianos y agarenos con agarenos: y lo que es mas, al tiempo que los guerreros del cristianismo se hostilizan entre sí, negocian tratos de alianza y amistad con los sectarios de Mahoma, y pelean juntos y unidos por una misma causa, que parece no puede ser la del Evangelio: y mientras los seguidores del Profeta se despedazan entre sí, se ligan en confederaciones solemnes con los monarcas ó condes cristianos, y sus huestes combaten unidas y mezcladas por una causa que parece no puede ser tampoco el triunfo del Coran. Si antes vimos al moro Balhul acaudillando guerrilleros cristianos en el Pirineo Oriental contra su propio emir, vemos luego á Caleb ben Hafsún al frente de los montañeses cristianos de Jaca desprenderse de aquellos riscos para batir las huestes del soberano Ommiada. Si antes los cristianos de la Vasconia imploraban la ayuda de los

emires cordobeses contra los reyes cristianos de Aquitania, despues García de Navarra se enlaza con la hija de Muza el renegado, y combate contra el monarca cristiano de Asturias.

Podríamos atribuir estos y otros semejantes ejemplos, ó á personales resentimientos y ambiciones, ó á individuales deslealtades, que nunca faltan en todo pueblo y en toda causa, por popular y nacional que sea, ó á odios de localidad, de tribu ó de familia, si no viésemos tales alianzas y tratos erigidos como en sistema entre los mas poderosos soberanos de unos y otros estados y de opuestas y enemigas creencias; si no viésemos á los condes de la Gothia, á los caudillos ó reyes de la Vasconia, á los emperadores cristianos de Occidente, aliarse, no ya solo con la córte del imperio mahometano, sino con cualquier caudillo musulman que no tuviese mas representacion que la de un intrépido capitán de bandidos; si no viésemos á los mismos monarcas de Asturias, los legítimos representantes de la causa cristiana, al mismo Alfonso el Magno, el piadoso, el devoto, que fundaba basílicas y convocaba concilios, hacer alianzas ofensivas y defensivas, y observarlas con religiosa escrupulosidad, con Abdallah, último soberano del imperio musulmico el siglo IX.

¿Deberemos sospechar por eso que el sentimiento religioso de ambos pueblos no se conservaba ya tan puro como en los primeros tiempos de la conquista y

de la restauracion? Creemos que no hay necesidad de suponer que se hubiera ido enfriando ó evaporando el ardor religioso para explicar las causas de unas negociaciones y conciertos, que en verdad se habrian tenido por irrealizables en el principio de una lucha, que parecia haber abierto una sima infranqueable entre los dos pueblos. Creemos, y es mas natural que asi fuese, que obraban asi los mas por ambicion, por rivalidades de localidad y de origen, por enconos y venganzas, por amor á la independencia individual, y por pasiones humanas comunes á musulmanes y á cristianos. Aconsejábasele á los monarcas la necesidad ó la conveniencia política, á la cual no escrupulizaban en sacrificar una parte de la antipatía religiosa á trueque de libertarse de un vecino temible ó de quedar desembarazados para atender á un competidor peligroso. Pero el pueblo, que no alcanzaba las miras políticas de sus soberanos, estaba pronto á murmurar de unos convenios de que se figuraba no podían salir sino muy lastimadas sus creencias. Asi los árabes andaluces y los moros de Toledo criticaban á Abdallah de mal creyente porque negociaba paces y alianzas con Alfonso el infiel, y los unos omitian su nombre en la oracion pública, y los otros excitaban á la rebelion contra el ismaelita excomulgado. Asi los cristianos de Asturias, aun cuando nuestras crónicas explícitamente no lo espresen, debian llevar muy á enojo la larga paz de Alfonso con los soberanos infieles de Córdoba,

pues no se comprende de otro modo el grande apoyo que encontraron en el reino sus rebeldes hijos, siendo como era Alfonso un monarca tan esclarecido y de tan grandes prendas, y que á tan alto punto de esplendor habia sabido ensalzar la monarquía.

El primero que contó el milagro de la batalla de Clavijo se mostró mas conocedor del espíritu del pueblo que de su historia. Porque tal era la fé y el entusiasmo religioso de los soldados españoles de aquel tiempo, que si les hubieran dicho que peleaba por ellos el apóstol Santiago en persona hubieran jurado verle, como los soldados de Constantino juraban haber visto la misteriosa cruz; y con el mismo ardor que combatieron las legiones del emperador romano en los campos del Tiber hubieran lidiado las huestes de Ramiro en el collado de Clavijo, confiados en que el esclarecido capitán los sacaria triunfantes cualquiera que fuese el número de los infieles. Y este espíritu fué el que les dió, no ya la victoria fabulosa de Clavijo con Ramiro, sino el triunfo verdadero de Albel-da con Ordoño, casi en el mismo sitio en que se supuso la primera.

Gran monarca fué este Ordoño. «Príncipe, decia su epitafio de Oviedo, de quien siempre hablará la fama, y cuyo semejante no verán quizá los siglos futuros.» Sin poder convenir nosotros con el autor del honroso epitafio, y mas cuando hemos visto sucederle un Alfonso III., no ya semejante, sino muy superior

á Ordoño, debieronle engrandecimiento la religion y el reino. Administrador celoso y acertado, mereció el título mas honroso de los reyes, el de padre de los pueblos. Fué, dicen, de irreprehensibles costumbres, y esto mas que la fortuna y el valor en las batallas nos hace mirar con gusto su alabanza en el sarcófago de Oviedo.

¿Pero era Alfonso III. menos piadoso y menos devoto que sus antecesores porque celebrase tratos de paz y viviese á veces en buena inteligencia con los emires del imperio mahometano? ¿Lo seria por que enviára sus hijos á instruirse en las ciencias naturales en las escuelas arábicas de Zaragoza de acuerdo y aun bajo la proteccion del walf Ismael? Alfonso, bastante ilustrado para no confundir la educación profana con la religiosa, y bastante discreto para distinguir las necesidades del guerrero de los deberes del creyente, no cedió á ninguno de sus predecesores en actos de piedad cristiana. Bajo su reinado, y merced á sus generosas donaciones, prosperan el culto, la riqueza y la magnificencia de los templos. La iglesia compostelana, erigida de pobre y tosco material por Alfonso el Casto, se transforma en templo suntuoso de sólidos sillares por la mano liberal de Alfonso el Magno. La de Oviedo, que habia hecho catedral Alfonso II., es elevada á metropolitana por el tercer Alfonso, y asigna rentas de que puedan vivir á los obispos de las ciudades ocupadas por los infieles, que se ha-

bian ido congregando en Oviedo. Propúsose exceder al rey Casto en esplendidez y largueza, y al modo que aquel enriqueció el templo del Salvador con la famosa *cruz de los Angeles*, éste no satisfeco con haber hecho el presente de una hermosísima cruz de oro á la iglesia de Santiago, regala á la de Oviedo otra cruz aun mas preciosa, forrada en planchas de oro, con labores de esmalte, y tachonada de riquísimas piedras, casi con las mismas inscripciones que se leian en la del segundo Alfonso, como si en los actos mas piadosos no pudiera dejar de entreverse el orgullo humano. El alma ó parte interior de esta segunda cruz es de roble. ¿Qué misterio encierra este leño? Encierra un recuerdo el mas propio para excitar al mismo tiempo el entusiasmo religioso y el patriotismo de los asturianos. Es la misma cruz de Pelayo, es aquella cruz rústica que el primer libertador de España tenia en Covadonga, y con la cual se presentó en el glorioso combate. Es *la cruz de la Victoria*, que asi la llama el pueblo, porque con ella venció su héroe.

¿Cuál seria el móvil principal que impulsára á Alfonso á consagrar este don, que Ambrosio de Morales, teniéndole á la vista, llamó la mas rica joya de España? ¿Seria todo piedad, mezclárase algo de rivalidad humana, ó seria acaso un pensamiento político? Todo pudo aunarse en unos tiempos en que si la devocion y la piedad eran verdaderas virtudes en los

príncipes, tenían que ser también su política, como el medio de captarse las voluntades de unos pueblos para quienes era todo la fé <sup>(1)</sup>.

Al espirar el año 883 y comenzar el 884, presenciaron los españoles, cristianos y musulmanes, un espectáculo interesante, cuadro dramático y tierno, que representa y dibuja á los ojos del hombre pensador, mejor que los documentos históricos, la índole de la época y la situación respectiva en que se habían colocado ya los dos pueblos. Un embajador cristiano se había presentado en la corte mahometana de Córdoba, enviado por el rey de Asturias. Este embajador era un ministro del altar, era un presbítero, Dulcideo de Toledo. ¿Cómo así se ha atrevido ya un sacerdote de Cristo, á presentarse, solo, desarmado, indefenso, en la capital del imperio Omniada, allí donde está el sucesor de Mahoma, el terrible Mohammed, gran perseguidor que ha sido de los cristianos? Es que este Mohammed ha solicitado una tregua, ha propuesto una alianza al rey cristiano Alfonso el temido, y ese sacerdote ha llevado de Alfonso la misión de ajustar las condiciones de la paz. Entre estas condiciones había entrado una muy propia del espíritu de aquel tiempo, la de que los cuerpos de los santos mártires Eulogio y Leocricia que los mozárabes de Córdoba guardaban

(1) En el tomo 37 de la España Sagrada pueden verse las escrituras de otras donaciones hechas á diferentes iglesias y monasterios por Alfonso el Magno.

fuesen trasladados á Oviedo. Accedió á todo el emir, y las reliquias de dos santos, conducidas por un sacerdote, cruzaron pacíficamente desde el Mediodía de España hasta su extremidad septentrional por en medio de pueblos mahometanos, sin que nadie se atreviese á inquietar ni los sagrados restos ni al ministro de paz que los conducía. Una solemne festividad religiosa anunciaba el 9 de enero en la corte del reino cristiano la llegada del precioso tesoro. Es extraño que la imaginación poética de los orientales no augurara de esta primera humillación del islamismo que pudiera un día el templo del Salvador de Oviedo donde iban las reliquias, acabar de abatir la gran mezquita de la ciudad de donde salían.

¡Sublime testimonio del gran respeto que debía inspirar ya á los infieles el solo nombre de Alfonso el cristiano! ¿Y cómo no habían de respetar al vencedor de Abdel Walid, al triunfador de Orbigo, de Polvoraria, de Sahagun y de Zamora, al que les había arrancado á Deza y Atienza, á Salamanca y Coria, al que los había arrojado de Coimbra, de Porto, de Aunca, de Lamego y de Viseo, al que se había atrevido á llevar las lanzas cristianas hasta tocar con ellas los viejos torreones de la antigua corte de Recaredo y de Wamba? ¡Príncipe magnánimo, que después de abdicar un cetro que empuñara con gloria por espacio de 45 años, tuvo la heroica humildad de pedir permiso al mismo á quien acababa de hacer monarca

para combatir á los infieles, y que, anciano y destrozado, acreditó que para ser grande y vencedor no necesitaba ni de juventud ni de cetro, y ejecutada su postrera hazaña bajó tan satisfecho al sepulcro como habia descendido resignado del trono!

Por lo menos entre los monarcas de Asturias y los emires de Córdoba hemos visto guardarse los pactos con cierta nobleza y dignidad correspondiente á dos grandes poderes. La sangre árabe mostrábase por lo comun menos indigna de mezclarse con la sangre española. Perfidia y doblez era lo que acreditaban casi siempre los caudillos berberiscos. Estos africanos no solo no escrupulizaban de faltar abiertamente á las promesas y convenios, sino que empleaban los artificios mas alevos para engañar asi á cristianos como á musulmanes, asi á enemigos como á favorecedores. Zaid, Hassam, Amrú, hacen gala de rebelarse primero contra su soberano para burlar despues á Carlomagno y Luis. Mohamed ben Abdelgebir, el revolucionario de Mérida, infiel á Abderrahman, concluye con ser traidor á Alfonso el Casto, á quien habia debido asilo y hospitalidad. Háfsúm, el famoso gefe de bandidos de Trujillo, gran revolvedor en el Pirineo y en el Ebro, despues de protestar sumision, obediencia y lealtad á Mohammed, asesina traidoramente á su nieto Ben Cassim y á las tropas que el conñado emir le suministrára. Su hijo Caleb, heredero de su deslealtad, ejecuta en Toledo una felonía semejante á la

de su padre en Alcañiz, abusando tan alevemente de la buena fé de Haxem, como su padre habia abusado de la de Almondhir. Abdallah ben Lopia corresponde con ingratitud á Alfonso III, protector de su padre; abandónale sin motivo, para aliarse despues y faltar alternativamente á sus dos tios, al emperador musulman y al monarca cristiano. La conducta de Muza el renegado con árabes y españoles, con estraños y con deudos, mostró lo que habia que fiar en la fé morisca. Parecia que estos africanos se habian propuesto renovar en España y resucitar la memoria de aquella fé púnica de los otros africanos sus mayores, los cartagineses.

En este período han comenzado á sonar en Alava, Castilla y Galicia, y como á anunciar su futura influencia los condes gobernadores de provincias y castillos. En Alava, Eilon y Vela Jimenez, rebelde y prisionero el uno, enviado á reemplazarle el otro: en Castilla Rodrigo, de desconocido linage, Diego Rodriguez Porcellos su hijo, fundador de Burgos, Nuño Nuñez, gobernador de Castrojeriz, Nuño Fernandez, suegro de García de Leon y conspirador con él: en Galicia Pedro, el que arrojó á los normandos, y Fruela, el que se levantó contra Alfonso III. Hasta ahora han sido gobernadores puestos por los monarcas; no tardarán en aspirar á ser independientes.

Epoca estéril todavía en letras, no dejaba de haber ya escuelas cristianas, tales como la estrechez de



los tiempos las permitía. Abundaban los libros sagrados <sup>(1)</sup>, y no faltaba algún obispo y algún monje que escribiera las crónicas de los sucesos; y si la que hemos citado tantas veces como del obispo Sebastian de Salamanca no fué acaso del mismo rey Alfonso III., como muchos sostienen, y con cuyo nombre es también conocida, prueba por lo menos que se suponía á aquel monarca bastante aficionado á las letras para hacerla escribir, ó con bastante capacidad para escribirla él mismo <sup>(2)</sup>.

II. ¿Cómo y por qué leyes se regían estos tres estados cristianos independientes que se han formado en la Península? Distintos en origen y procedencia, distintos el carácter, las costumbres, las tendencias de cada localidad, distintos tenían que ser también los principios que sirvieran de base á su organización, y diversa la fisonomía social de Asturias, de Barcelona y de Navarra.

Las tradiciones y las leyes góticas seguían prevaleciendo en el más antiguo de los tres reinos, así en la corte como en la iglesia, así en el orden de sucesión al trono como en el sistema penal; y las dos asambleas de obispos que el tercer Alfonso congregó

(1) En el testamento ó carta de dotación de Alfonso III. á la iglesia de Oviedo se lee haber entrado en el número de las dádivas *muchísimos* libros sagrados: *libros etiam divinæ paginæ plurimos*.

(2) Atribuyéronla al primero,

Pelayo de Oviedo, Ocampo, Morales y Sandoval; al segundo, Perez, Mariana, Pellicer, Mondéjar, Pagi y otros. Puede verse sobre esto el Apéndice VII. al tomo 43 de la España Sagrada de Florez.

en Santiago y en Oviedo, para consagrar aquella iglesia reedificada por él, y para elevar esta á la clase y dignidad de metropolitana, ambas fueron como una reproducción de los concilios góticos, con la misma intervencion que en aquellas antiguas congregaciones eclesiásticas tenían respectivamente los monarcas y los prelados <sup>(1)</sup>.

Mixto de origen godo y franco el condado de Barcelona, tenían que reflejar en su constitucion y en sus usos el géneo y carácter de los dos pueblos de que procedía. Godos eran los que se habían refugiado en considerable número á aquel territorio; con el nombre de Gothia se señaló el vasto país de que formaba parte la Marca Hispana, y después el condado de Barcelona, y era natural que se considerara en derecho como vigente la legislación goda; por lo mismo no es maravilla que las leyes godas se citaran con la frecuencia que manifiestan los documentos in-

(1) En el concilio de Oviedo en el tom. 3.<sup>o</sup> de su colección. Véanse el Rey á los padres, que los se Risco, Esp. Sagr. tom. 37.—Ferrerías, Sinopsis Hist.—Mariana se había convocado para elegir metropolitano, arreglar la disciplina eclesiástica, y reformar las costumbres que con la revuelta de los tiempos andaban algo estragadas. Determinóse en él entre otras cosas que se celebrasen sínodos dos veces cada año, y se concluyó mandando que se observasen los cánones de los de Toledo. Las actas se perdieron, y no hay razones bastante fuertes para asegurar que sean auténticas las que publicó Aguirre muestra bien poco versado en la historia cuando al hablar de este concilio dice: «No era lícito confor- me á las leyes eclesiásticas convocar los obispos á concilio «si no fuese con licencia del papa.» En harto fuertes términos le reprehenden este error histórico sus dos ilustradores Mondéjar y Sabau. Nosotros le remitiríamos á la historia de los ocho siglos de la iglesia que iban trascurridos.